

Por un cambio de mentalidad y de matriz energética

Hay buenas noticias, como el descubrimiento de nuevas reservas de gas en la selva. Sin embargo, su explotación y puesta en marcha demorará todavía un poco. Mientras tanto, no somos autosuficientes y el precio internacional del petróleo bordea y sobrepasa los 100 dólares por barril.

Todo esto obliga al Gobierno a seguir financiando el llamado Fondo de Estabilización de los Precios de los Combustibles, a un ritmo de 50 millones de soles semanales, de modo que el alza no afecte al transportista ni al ciudadano de a pie, con todas las consecuencias que ello pudiera traer en la cadena de precios.

¿Pero hasta cuándo se podrá continuar con este sistema de subsidio que significa un forado al fisco, cuando los precios internacionales del petróleo no tienen por el momento visos de bajar?

Esta realidad obliga a cambios urgentes

en los hábitos de consumo, los que involucran al Gobierno, a los transportistas y a los ciudadanos.

Ya el presidente de la República, Alan García, ha conminado a los usuarios a intensificar el consumo del gas natural como alternativa para combatir el alza del

Los consumidores deben asumir su responsabilidad en este cambio para avanzar hacia el uso de energías limpias

petróleo. Se trata de un combustible más barato, más limpio y el que no tenemos que importar, pues poseemos reservas en volúmenes considerables para transformar la matriz energética.

De eso se trata, principalmente: de renovar gradualmente la maquinaria industrial (en una reconversión industrial más

urgente necesaria si queremos aumentar la productividad de carta al TLC) y el parque automotor, para usar cada vez más motores impulsados con gas natural. Ello debiera redundar en un notable ahorro de divisas y en la mejora de la competitividad y del medio ambiente.

Al efecto es positivo que el Gobierno haya anunciado la rebaja del Impuesto Selectivo al Consumo para la compra de autos nuevos, gasolineros o a gas, así como el llamado bono chatarrero, que otorgaría entre US\$1.000 y US\$3.000 a los propietarios de vehículos diésel que quieran comprar un vehículo nuevo a gas natural. Este tipo de incentivos debe ser ampliado a otros rubros relacionados.

Con el mismo énfasis tiene que relanzarse los programas de distribución de gas natural a domicilio, lo que demanda la revisión de la normatividad legal para evitar que algunas municipalidades bloqueen este sistema. Es adecuado que se redoble n

las medidas de seguridad, pero ello no debe llevarse al extremo de la inacción.

Los usuarios y consumidores de todo tipo, por tanto, tienen que asumir su responsabilidad en este cambio de matriz energética, que pasa por un cambio cultural para superar la primacía del petróleo y avanzar hacia el uso de energías limpias, como el gas natural u otras. Es también una manera de contribuir a la conservación del medio ambiente y asegurar el futuro de las próximas generaciones.

Vivimos un momento de cambios rápidos, que nos obligan a replantear y cuestionar paradigmas, como el del monopolio de la energía petrolera.

En todo caso, aparte del gas, hay otros recursos como la energía solar y eólica, en lo cual tenemos un gran potencial, aún a la espera de estudios e incentivos tributarios, que deben provenir necesariamente del Gobierno, para propiciar su uso masivo en nuestro país. ■■

¿UN MUNDO INTERCONECTADO?

Elogio del mail

Fernando Savater

Filósofo



Fernando Savater es autor de "Ética para Amador" y "Misterios Gozosos". © Diario "El País", SL/ Fernando Savater. Prisma. Exclusivo para el diario El Comercio en el Perú.

MI amigo Daniel Samper, en nombre de su revista, me mandó un mail pidiéndome que le escribiera "un elogio del mail". Al principio leí "un elogio del mal" y me quedé preocupado por haber criado una fama capaz de justificar propuestas semejantes. Después, al mirar mejor, me tranquilicé un poco... pero solo un poco. Porque quizá hacer el elogio del mail es en cierta forma hacer también un elogio del mal, o al menos de algunos de los males de nuestra época: el apresuramiento, la despersonalización utilitaria, el atropello de las buenas maneras y de la poética del gesto cotidiano... El mail es algo bueno, desde luego, porque ya nos resulta a todas luces necesario; pero una de las definiciones posibles del mal es "la parte de necesidad que esconde lo bueno".

Ante todo, quede claro que manejo mi correo electrónico tres veces al día y siempre agradeciendo su existencia "a los dioses



ILUSTRACIÓN VÍCTOR AGUILAR

“Ya no tengo motoristas esperando a la puerta de casa mientras acabo apresuradamente un artículo”

peorar las cosas, recibí una educación a la antigua y considero una imperdonable grosería no responder aunque sea una línea a quien se ha dirigido a mí de buena fe. De modo que me he pasado durante décadas muchas jornadas escribiendo mensajes más o menos sucintos con letra redondilla –la mía, qué le voy a hacer–, poniendo direcciones en sobres y sus correspondientes remites, pegando estampillas, buscando estafetas, etc... ¡Por Dios, si durante bastante tiempo hasta me dio por lacrar los sobres, por culpa de un bonito sello que me regaló alguien muy querido!

Otra fuente perpetua de preocupación era conseguir que mis colaboraciones periódicas llegaran a tiempo a las respectivas publicaciones. Como suelo estar con demasiada frecuencia lejos de donde hay que estar, hacer llegar las mías antes del cierre de admisión de originales era una modesta y agobiante hazaña, sobre todo en un país como España en que la puntualidad del correo

no siempre resulta exquisita. En cada alejado refugio de vacaciones procuraba hacerme amigo del cartero para asegurarme de que no me descuidase y me conozco todas las oficinas postales de bastantes ciudades europeas, que he frecuentado más que las iglesias y los museos, probablemente con menor beneficio para mi alma.

De modo que no tengo más remedio que entonar sentidos loores ensalzando el mail y a Outlook Express o similares. Gracias a tan eficaces adelantos, ya no tengo motoristas esperando a la puerta de casa mientras acabo apresuradamente el artículo de la semana y me desembarazo de mis compromisos epistolares con una rapidez que a mí mismo me avergüenza un poco... aunque, para irrisión de mis amigos más modernos, sigodando a mis mails las fórmulas de cortesía en encabezamiento y despedida de la correspondencia tradicional. Es más difícil cursarse de algunas virtudes ya innecesarias que los peores vicios.

De modo que, entonces, ¿diré que todo está bien? Pues claro, el mail es una bicoca, sería un desagradecido si lo menospreciara. Pero en voz baja confieso que echo de menos ciertas deliciosas incomodidades del antiguo régimen: la pluma que vacila, retrocede y tacha al escribir esa palabra difícil que nos compromete, el temblor de la letra que descubre otro estremecimiento más íntimo y hasta... ¿me atreveré a decirlo?... hasta la tinta corrida por la humedad inoportuna de una lágrima que emborriona la despedida que jamás hubiéramos querido firmar. ■■

o a la suma del tiempo" (como diría Borges). Durante muchos años, para mí la correspondencia ha sido una auténtica pesadilla.

Por diversas circunstancias sue- lo recibir diariamente tantas cartas como un ministro (o, para no exagerar, como un subsecre-

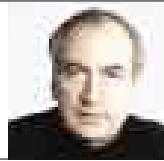
tario) pero carezco de ninguno de los auxilios burocráticos de que cuentan para atender este aluvión esos prebostes. Para em-

LA LITERATURA Y EL CINE COMO TESTIGOS DE LA HISTORIA

Cómo contar la guerra

Tomás Eloy Martínez

Escritor



Tomás Eloy Martínez es el autor de "Santa Evita" y "El vuelo de la reina". © Tomás Eloy Martínez. Distribuido por The New York Times Syndicate. Exclusivo para el diario El Comercio en el Perú.

“Redacted”, la última película de Brian de Palma, ha confundido a la mayoría de los críticos norteamericanos desde que se estrenó en Nueva York a mediados de noviembre. Crea límites tan sutiles entre lo real y lo ficticio que los espectadores se desconciertan y se mueven incómodos en las butacas.

El episodio central de la película es la violación de una chica de 14 años, Abeer Qasim Hamza, en Samarra, un pueblo situado 125 kilómetros al norte de Bagdad. Los culpables son cinco soldados norteamericanos que

vigilan un puesto de frontera. No solo la violan. También la matan junto con toda su familia.

El hecho es verdadero pero está contado con un lenguaje de ficción. Y la ficción, a su vez, emplea las herramientas con que se cuenta lo real: un diario de guerra escrito con una cámara de video, fragmentos de noticieros en lengua árabe, páginas de Internet, entrevistas reales a iraquíes ultrajados por el ejército invasor, un documental francés sobre el tenso aburrimiento de la vida en el puesto de frontera.

Esa vacilación entre lo imaginado y lo verdadero deja intranquilo al público, inseguro del terreno que pisa.

Al salir del cine, en la escalera a la calle, se oyen algunas discusiones sobre "Redacted". Dos parejas se preguntan si la descripción del mal ayuda a conjurar el mal o si esa exhibición es simplemente un acto de vanidad del realizador. Como si De Palma se hubiera dicho: "Tengo coraje ante el horror. No me detengo".

Pero al afirmar eso se olvida que hablar del horror, aun con el lenguaje más elocuente, no tiene semejanza alguna con estar dentro del horror, con ser una de sus víctimas. El tema ha sido debatido por décadas sin encontrar una salida convincente.

Ya lo exploró Susan Sontag en "Regarding the Pain of Others", cuyo título en español es "Ante el dolor de los demás". Allí advierte que la representación visual de lo atroz es también una forma de corrupción: refleja lo corrupto y puede corromper a quien lo refleja.

Esta última obra de Brian de Palma es la reescritura de "Casualties of War" ("Pecados de guerra", 1989), en la que el director contaba la violación de otra adolescente durante la guerra de Vietnam.

La historia en ambas es la misma y muchos de los episodios se repiten casi como en un espejo. Que De Palma insista sobre el tema, arriesgándose a un desolador fracaso comercial –como

lo prueba el escaso público de "Redacted"– indica que sus móviles van más allá de lo estético, que está obedeciendo a un impulso moral.

En las dos películas, los soldados involucrados en la violación no saben por qué están donde están, cerca de las avanzadas del Vietcong en un caso y al norte de Bagdad en el otro.

La guerra es para ellos solo "un trabajo que se debe hacer", un camino en el que avanzan a ciegas, asumiéndose como dueños absolutos de los territorios ocupados. Se sienten con derecho a disponer de los cuerpos que tienen a su alcance: viejos, recién nacidos, niños, mujeres, hasta muertos. Todo lo que ha sido derrotado o sometido les debe sumisión. Se creen todopoderosos, se saben impunes. Están convencidos de que la guerra los sitúa más allá de todo error y de toda conciencia.

Al final de las dos películas, cuando son juzgados por tribunales militares, por jueces del mismo ejército que los ha impulsado a matar, suponen que si son sancionados también son traicionados. Que se los castigue equivale para ellos a ponerse del

lado del enemigo.

"Les están haciendo el juego a los vietcongs", dicen en un caso.

Y en el otro, como en un eco: "Están colaborando con los insurgentes iraquíes".

En "Casualties of War" los violadores eran cuatro: uno de ellos se convertía en cómplice por cobardía. El quinto se negaba y denunciaba a los demás. En "Redacted" son dos los que violan y tres los que se niegan: uno, porque se queda en la barraca, el otro porque quiere documentar lo que sucede; el último porque decide contar lo que ha pasado.

Los personajes son más complejos que en la película de 1989. El que no se mueve del refugio es un lector infatigable de las novelas de John O'Hara. El otro, un hispano que filma en video todo lo que ve, tiene la esperanza de que ese diario visual le abra las puertas de una escuela de cine documental o quizá de Hollywood. El quinto trata de explicar vanamente que lo que traman es desalmado, bestial. Los dos restantes se arrojan, ciegos, al centro de la tragedia.

En su lugar de vigilancia observan y registran todos los días

a la chica de 14 años que se dirige a la escuela de la mano de su hermana menor. No toleran que vaya y venga. Las mujeres son sus objetos de caza. Les pertenecen, deben aceptar la brutalidad de sus deseos. No conciben a los demás como seres humanos porque tampoco se piensan a sí mismos como personas. Eligen un blanco y hacia él se lanzan. Solo buscan aniquilar, saciarse, seguros de que nadie los va a castigar por sus instintos.

En la guerra todo se degrada, todo se despedaza, todo deja de tener sentido. Se entra en la guerra con un fin, un objetivo. Y se sale generalmente con las manos vacías, convertido en alguien que ya no será lo que fue.

La violencia impiadosa de las guerras crea la atracción hipnótica que se vislumbra a veces en las fotografías y en las películas. Cuando es real, cuando golpea en la vida, esa violencia es tan atroz que no se puede narrar. Solo se narra su fealdad, como en "Redacted".

Pero lo que los espectadores quieren ver es la imposible belleza de la violencia, la degradación, la enfermedad de la que se creen a salvo. ■■